

XIII

El jefe de la legación de Méjico en Madrid también escribe versos como su secretario.

Y, cosa natural, dada la superioridad de categoría, los versos del señor Riva Palacio son algo más malos que los versos del señor Icaza.

Hay que tener en cuenta además, para explicar esa diferencia, que el general Riva Palacio pertenece á nuestra Real Academia en clase de Correspondiente, mientras que el señor Icaza, aunque aspira á igual puesto, y va derecho á él, no ha llegado á obtenerle todavía.

El *libro nacional de lectura* llama al general Riva Palacio *novelador, poeta, periodista, historiador*, y no recuerdo si alguna otra cosa. Enumera luego los cargos que ha desempeñado, que son brillantes, y las obras que ha escrito, que son muchas, y transcribe, por último, el amistoso elogio que un periódico de Madrid ha hecho de su libro *Mis versos*.

La composición que luego exhibe, escogida entre las del general, no es tan sosa ni tan vacía de sentido como suelen ser las de los demás académicos: por el contrario, hay en ella sentimiento y ternura; pero la expresión no corresponde al fondo: es defectuosísima.

Empezar, empieza menos mal; de esta manera:

«Es un recuerdo dulce, pero triste
De mi temprana edad:
Mi madre me llevaba de la mano
Por la orilla del mar.»

La prosáica conjunción adversativa *pero*, deslucen un poco el primer verso. Y además, el calificativo de *temprana*, aplicado á la edad, pudiera haberse sustituido ventajosamente con el de *primera*.

Por lo demás, esta estrofa no es mala.

Y menos teniendo en cuenta que se trata de un académico.

Pero en la tercera dice ya el general que

«Cantaban los *turpicales* en el bosque,»

lo cual no es verso endecasílabo, ni de ninguna clase; pues aunque es una agrupación de doce sílabas, no tiene los acentos necesarios para ser verso dodecasílabo tampoco.

¿Habrá alguna errata?...

Yo no sé lo que son *turpicales*, y voy á buscar la palabra en el Diccionario, aunque no

merece fe ninguna en las cosas de América.

Ni en las de España, ¿eh? Pero en las de América menos, si cabe.

Porque está averiguado que los Cañetes y demás Catalinas de acá no saben leer lo que les escriben los de allá, y tracamundeán las letras.

Y salen llamando *carincho*, verbigracia, á una cosa que se llama *cariucho*...

En fin, por lo que valga, el Diccionario dice *Tur... tur... tur... turpial*, y no dice lo que es, sino que es lo mismo que *turupial*. A ver qué es *turupial*: *Turu... turu... turu... turupial*, ave de Venezuela.

Si no es más que de Venezuela, no adelantamos nada, porque el general nació en Méjico, y es de creer que allí pasara sus primeros años.

Pero puede ser que haya también *turupiales* en Méjico, y allí los llamen *turpiales* y el general los haya llamado así, y en la imprenta de la Secretaría de Fomento, donde se ha impreso el *Libro nacional de lectura*, le hayan puesto una *ce* de sobra.

Puede ser, puede ser...

Y vamos adelante:

«Los penachos de *mangle caballero*
Agitaba el terral.»

¿*Mangle caballero*?...

Mangle dicen los académicos que es un ár-

bol de América muy alto; pero el que sea muy alto me parece que no es bastante motivo para llamarle *caballero*...

¿Se lo llama por eso el general?

¡Estaría bueno que saliera por ahí cualquier día alguno de nuestros poetas ripiosos llamando *caballera* á la Giralda!...

Vamos á ver qué más sucedía:

«Y de la selva entre los verdes musgos
Se adormecía el caimán...»

¡Qué *alongamiento*, ay Dios, tan *prolongado*! Como diría el otro, el del Collado.

«Se adormecía el caimán», señor general, es un verso de nueve sílabas, como otros que hay en castellano, aunque es metro que se usa poco.

«¡Oh dulce amor del alma mía!
Nunca jamás te olvidaré.»
«Se adormecía el caimán.»

Es lo mismo, de nueve sílabas. Y usted quiere que sea de siete; con que ya ve usted si hay que recortarle... ó prensarle.

Otra estrofa:

«Zumbaban los insectos en el bosque
En su *continuo afán*
Y en medio á los rumores, dominando
Los tumbos de la mar...»

El lector cree que va á pasar alguna otra cosa.

Porque cuenta el general que «zumbaban los insectos en el bosque, en su *continuo afán*», *continuo afán* que ya es algo ripio; pero, en fin, el sentido queda completo. Y como añade: «y en medio á los rumores, dominando los tumbos de la mar...» se le figura á uno que va á contar algún otro detalle de la escena.

Pues no. En *la mar* hay punto; de modo que todo eso de *y en medio á los rumores, dominando los tumbos de la mar*, se refiere también al zumbido de los insectos, aunque de ese modo apenas se entiende.

«Mas de *improviso*...»

Poco poético; pero vamos á ver:

«Mas de *improviso atravesando el viento*,
Escuchóse fugaz
De las campanas de la aldea vecina...
(¡Por Dios, mi general!...)»

Le he completado á usted la estrofa con esa exclamación, porque «*de las campanas de la aldea vecina*,» no puede ser verso endecasílabo.

Se pueden hacer de ahí dos versos buenos: uno de cinco sílabas,

«De las campanas,»

y otro de siete,

«De la aldea vecina.»

De modo que cinco y siete... doce.

Ya ve usted.

Para hacer con esos dos versos un endecasílabo, es necesario comerse la *e* de aldea, que no se puede comer, no señor, ó por lo menos sustituirla con una *i*, acentuando luego la *á* final de la misma palabra.

Vamos, que hay que decir *aldá* ó *aldíá*, en lugar de aldea.

En esta forma:

«Mas de improviso *atravesando* el viento,
(*Tampoco esto es verdad,*
Porque el sonido no atraviesa el aire;
Le empuja nada más.)

Repitamos:

Mas de *improviso* *atravesando* el viento
Escuchóse *fugaz*
De las campanas de la *aldá* vecina
Tañido funeral.

Detúvose mi madre, y *en silencio*
La *contemplé* rezar,
Y de *llanto* *llenáronse* sus ojos
Y se *inmutó* su faz.»

Defectos de esta última estrofa:

1.º La anfibología que resulta de no saberse si la frase *en silencio* se refiere á la madre ó al niño.

2.º La impropiedad del verbo *contemplar* para el oficio que en el segundo verso desempeña. La *vi*, ó la *oi*, ó la *escuché*, sería mucho más propio.

3.º La cacofonía que resulta de estar muy cercanas las sílabas *llan* y *llen*, *llanto*, *llenáronse*. Pudo haber dicho *arrasáronse*.

4.º Lo poco noble del verbo *inmutarse* que se emplea en el verso cuarto. Estaría mejor *se demudó su faz* ó *palideció su faz*, aunque en uno y otro caso hubiera que prescindir de la conjunción, con lo cual nada perdería la estrofa, suprimiendo también la del verso segundo.

Así, por ejemplo:

Se arrasaron de lágrimas sus ojos,
Se demudó su faz.

Otra estrofa:

—«¿Por qué lloras *mi* madre?—la decía.»

Eso de mi madre está mal, porque es inverosímil. Ningún niño pone ese *mi*, que no hace falta. Los niños no usan ripios.

Ni aun los niños que con el tiempo han de ser académicos.

El *la* está bien, aunque la Academia le condene. Pero en un académico es una inconsecuencia; porque efectivamente la Academia condena esa forma, y repicar y andar en la procesión no vale.

¡Qué lástima de «*mi*»! Es una nota desafinada, sin la cual esa estrofa sería buena... hasta el cuarto verso, que vuelve á ser malo.

—«¿Por qué lloras *mi* madre?—la decía
Con dulce ingenuidad,
Y ella me contestó dándome un beso:
—*Es preciso llorar.*»

¡Huy! ¡*Es preciso!*... Seguramente no diría así ninguna madre en esas circunstancias. Diría: «no puedo menos de llorar,» «no se puede menos de llorar,» ó de otra manera parecida igualmente sencilla; pero... *es preciso*... No, señor, no.

Sigue hablando la madre:

«Que con lúgubre *toque* las campanas
Anunciándome están,
Que un hombre, *como todos*, de esta vida
Pasó á la eternidad.»

El *toque* del primer verso es un mal toque. El *anunciándome* del segundo tampoco está bien por lo personal, pues las campanas no tocarían para ella sola. Mejor sería *diciéndonos* *están*.

¡Ah! pero lo peor es el *como todos* del verso tercero. ¡*Como todos!*

Ripio con anfibología, que son dos gracias.

Porque á más de no hacer falta sino para llenar la medida, que es lo que caracteriza el ripio, no se sabe si se refiere al paso á la eternidad ó á la naturaleza del hombre; vamos, no se sabe si el autor ha querido decir que un hombre pasó de esta vida á la eternidad *como todos* pasan, ó ha querido decir que el hombre que pasó de esta vida á la eternidad era un hombre *como todos*.

Vuelve á preguntar el niño:

—«¿Y tú te has de morir?—la dije entonces;
¿Tu amor me faltará?...»

La primera pregunta está bien: es verosímil.

La segunda, no: es afectada. Un niño no pregunta eso.

—«¿Y tú te has de morir?—la dije entonces;
¿Tu amor me faltará?
Y ella sin contestar, *no más lloraba*,
Y yo lloraba *más.*»

Estó es muy feo y muy malo.

Porque, aparte del retruécano, que es inoportuno, usted quiso decir que su madre *no hacía más que llorar*, ¿no es eso? y por falta de sintaxis dice usted precisamente lo con-

trario, que *dejó de llorar*, que es lo que significa *no más lloraba*.

Es decir, que le ha salido á usted, no un poquito desigual, como la maniobra de aquellos soldaditos chilenos de *Los sobrinos del capitán Grant*, sino al revés del todo.

Y luego dice usted de sí «*y yo lloraba más*», cuando no ha dicho usted todavía que hubiera llorado nada.

Vamos, que esta estrofa, cuyo primer verso parecía prometer algo bueno, ha resultado la más desgraciadita.

Otra:

«Sobre su seno recliné mi rostro,
Y ella con dulce afán,
Enjugando mis lágrimas, decía:
—Vamos, ya está, ya está.»

¿Y qué es lo que estaba? Porque esa frase que todavía repite usted al fin del cuento, ni allí ni aquí se entiende.

¿Quería decir *ya se acabó*, aludiendo al llanto?

Tampoco era frase muy noble para una poesía de sentimiento; pero, de todos modos, haberlo dicho.

Y no hubiera usted echado á perder también esta estrofa, que hasta ahí no iba mala.

Porque el *con dulce afán* del segundo verso es una frase muy gastada, pero ahí está bien;

pues, en efecto, es dulce el afán con que la madre enjuga las lágrimas al niño.

De modo que ese ripio tan usado por todos los malos poetas, en la estrofa de usted no es ripio.

Vamos á otra:

«Pocos años después *perdí* á mi madre;
No ceso de llorar,
Y en sueños la contemplo *cada día*:
Del cielo viene ya...»

Mal hilvanado.

Podía, con un poco de buen gusto, haber sido una buena estrofa; pero es medianilla.

Otra, y es la última:

«*Llega y se acerca...*»

Mal, muy mal.

Porque esos dos verbos son asonantes, y además son poco menos que sinónimos, y además están invertidos.

De modo que lo mejor era no haber puesto más que uno; pero, de poner los dos, el segundo debía ser el primero.

Porque primero es acercarse que llegar, me parece.

Y después de llegar, ya no es posible acercarse... ¿No es así?...

«*Llega y se acerca* hasta tocar mi frente
Su rostro celestial,

Y con acento tierno me repite:

—Vamos, *ya está, ya está...*

Ya está, ya está... echada á perder también esta estrofa.

Vamos, *ya está, ya está...*

No, no. Otras cuatro palabras.

Tampoco en prosa escribe usted demasiado bien, señor general académico.

Me sugiere esta observación el recuerdo de un cuento suyo publicado en *El Liberal* el año pasado.

Conste que el marqués de la Ensenada no se murió *hace siglos*, como usted asegura. Hace siglo y pico nada más.

Y no se dice de una persona: *no podía hablar á causa de la risa*.

Se dice: *no podía hablar de risa*.

Es frase hecha.

Vamos, *ya está, ya está*.

XIV

Tan correspondiente de la Real Academia Española como el anterior, y tan mal poeta como cualquier otro, es el canónigo de Méjico D. Joaquín Arcadio Pagaza.

Para el cual un amigo mío de allí me pide por caridad un rífi-rafe.

—Dígale usted algo que le llegue al alma,— me escribe, haciéndome recordar un cuento.

Hallábase á los últimos un rabadán en Extremadura, y sabiendo los pobres pastores que no había un cura en cuatro leguas á la redonda, discurrieron llamar al mayoral de otro ható cercano, á quien tenían por instruido, para que le ayudara á bien merir.

—Dígale usted algo, *don Gervasio*, al pobre tío Tiburcio, que está ya entre San Marcos y la puente, y me *paee* que se las lía de esta hecha,—le dijo uno de ellos al mayoral en cuanto llegó al chozo.